



Mentalidad y táctica de los fuertes decimonónicos

José Manuel Herzog

La época de la Ilustración dejó en Europa una escuela muy importante en todos los órdenes de la vida y señaladamente en la ciencia, en el arte y en la técnica. Afectó por supuesto al mundo civil, pero también al militar.

Los militares sintieron el nuevo impulso de racionalizarlo todo y depurar su arte.

Tal y como mandaban los vientos de la moda, hacer los deberes empezaba por unas correctas definiciones que regulasen un lenguaje común. La primera definición necesaria para su actividad es: "¿Qué es la Guerra?" Obviamente no podía ser definida como lo que propiamente es: "La horrenda realidad en que seres humanos que no se conocen se masacran entre sí por obediencia a unos pocos que sí se conocen pero no se masacran". De manera que se adoptó la medio-mentirosa, tan edulcorada como exculpatoria, de la responsabilidad de los propios militares urdida por Clausewitz: "La guerra es la continuación de la política por otros medios".

La siguiente definición necesaria en la nueva teórica debe referirse a la propia acción guerrera: "¿Cuáles son los elementos de la acción?" Quedando universalmente establecido que se trataba "del hombre, del terreno y del armamento".

En esta línea ideológica el hombre resultaba que era importante "Por los valores morales de los que es portador"; definición deshumanizadora

aposta, con el objetivo de convertir al soldado (al que no hemos tenido que criar nosotros a biberón, sino que se le va a "capturar" arrancándolo de sus familias entre los mozos de las clases menos pudientes con unas levas) en un consumible de "usar y tirar". Los "valores morales" que se pretendía de ellos se incrustaban en las mentes carentes de una instrucción de verdad con una "instrucción" militar que se conseguía mediante la reclusión en un mundo cerrado y jerarquizado que en muchas ocasiones de la Historia dejó bien a las claras la catadura moral de mandos y mandatarios, de auténticos verdugos.

Tras esta "Instrucción", el ser humano convertido en soldado deberá ser capaz de matar a otros según las órdenes que se le den y sin pensárselo mucho.

El terreno, segundo elemento de la acción, debe resultar favorable para la victoria sobre el enemigo con las menores bajas propias. Puede adecuarse mediante su preparación para este fin. Ese fue el objeto inicial de los fuertes de San Marcos y Txoritokieta para defender el valle, si bien nacieron ya trasnochados pues al cabo de su construcción (1888) no hubo guerras y poco más tarde llegaron la pólvora sin humo y para colmo la aviación, que los convirtió en un resto del pasado.

Puesto que estas construcciones ya han sido objeto de estupendos trabajos en esta revista, no me queda por tratar sino el último elemento:



El armamento de los defensores de San Marcos y Txoritokieta

En el último tercio del siglo XIX, todavía las armas de fuego tenían como propelente la pólvora negra: una mezcla de azufre, salitre y carbón inventada siglos antes. Sin embargo ya todas las armas militares tenían en común haber sido dotadas con un acerrojamiento mecánico que permitía cargarlas por detrás y no por la boca del arma. Las ventajas evidentes eran que sus servidores no debían exponer ya su cuerpo al enemigo al tener que levantarse durante la inevitable fase de cargar el arma y, además, con la retrocarga aumentaba la frecuencia de los disparos por lo que un menor número de soldados disponían sin embargo de superior potencia de fuego que antes.

Para colmo se podían preparar las cargas antes de la acción en unos "cartuchos", con lo que bastaba la introducción de los cartuchos ya cargados por la cola del arma, en una "recámara" al efecto.

Los cartuchos, a estas fechas ya metálicos (en general latón mecanizado a torno), tenían como iniciador una pequeña cápsula de embutición (amovible para la posterior recarga del propio cartucho)

revestida por el interior de sales de mercurio, que ya se había observado que deflagraban espontáneamente con la sola percusión.

Iniciada con este sistema la combustión, se comunicaba desde la cápsula a la carga principal, de pólvora negra, por un pequeño taladro. Los explosivos no son sino sustancias que al arder generan químicamente su propio oxígeno. De esta manera, la combustión no depende del oxígeno contenido en el aire que rodea su superficie; no se va quemando la zona que se va exponiendo al contacto con el aire progresivamente sino en toda su masa a la vez de manera que resulta sensiblemente instantánea; aparece un importante volumen de gases repentinos, que van a ser capaces de impulsar un proyectil ajustado a un tubo (al que llamaremos "cañón") a modo de tapón (al que llamaremos "bala"). En esta época eran ya con ánima rayada para imprimir un efecto giroscópico.

Por último, el material de la bala animada con una velocidad, para tener efectos residuales capaces de causar lesiones a un enemigo a distancia, debe ajustar suficiente en el cañón para contener los gases que lo van a propeler (ser dúctil) y tener una masa respetable que logre un impacto con la velocidad que es capaz de generar la pólvora negra. Así que solían ser de plomo con escasa o ninguna aleación

(metal de cañería). La forma se les daba por el calor, fundiéndolos usando un molde llamado "turquesa".

El afán racionalizador mostrado en los fuertes de Erreterria limitaba a cinco los tipos de armas de fuego presentes: cañón, obús, ametralladoras, fusiles y revólveres.

Los cañones de San Marcos eran 16; cada uno de 15 cm de calibre y cerrojo Ordóñez. El proceso de carga de los cañones se muestra en el grabado de la página anterior, que me parece suficiente explicación. Tenían el tiro tenso capaz de llegar al valle y estaban claramente dirigidos a contener a un enemigo que viniese desde Francia, siendo ése el objeto del fuerte.

Los obuses, dispuestos para tirar en segunda línea, por el segundo cuadrante (tiro curvo) y por encima de los propios cañones y del talud, esperaban unos objetivos situados a menor distancia y con menor carga propelente pese a un mayor peso del proyectil; o sea que se trataba de un recurso posterior al de los cañones (y defensivo del propio fuerte en el caso de haber fracasado éstos) de modo que bastaba con tres piezas de 210 milímetros, para ser capaces de regar los campos y el talud ante el fuerte con una lluvia de metralla.

Habiendo fracasado los obuses los defensores debían replegarse al interior, y la última arma colectiva era la ametralladora Christophe-Montigny, dispuesta para cuando el enemigo había alcanzado el foso. Estas "no eran tales" como las concebimos hoy, sino que disparaban a la vez una andanada de ánimas de cañón similares a los de fusil, en número de 37, perforadas en taladros paralelos en un cilindro de acero, a modo de colmena. Estas ametralladoras estaban dispuestas en troneras de las caponeras, dispuestas en alineación con el foso (o sea perpendiculares al acceso del enemigo que entraba) en número de ocho, con el objetivo de barrer desde los lados las tropas enemigas que hubiesen conseguido acceder; lados del foso que son rectos para que no puedan dar refugio a las tropas invasoras que



se pretende que vayan a ser ametralladas. Pueden verse ametralladoras como las descritas, dotadas con cerrojos que recuerdan las prensas de los impresores con su manivela, para que podáis apreciarlas en una visita actual; ¡Animaos!

La munición de las ametralladoras se disponía en una celosía hexagonal con perforaciones en las que se introducían simultáneamente 37 cartuchos de fusilería (iguales a los del fusil Rolling block de dotación). Esta celosía se introducía en ranuras verticales practicadas en la cola del cilindro perforado con los cañones.

Al montar el acerrojamiento de la ametralladora accionando la manivela, se fijaba el cerrojo simultáneamente para cada uno de los cartuchos sujetos para ser disparados "en andanada". Puesto que la dotación unitaria era de ocho mil, en San Marcos había 64.000 cartuchos para el servicio de las ametralladoras.

Armas individuales: al final el soldado con su propio cuerpo es el que debe ocupar el terreno. Para ello básicamente contaba con el fusil de la tropa. Se trataba del afamado Remington con acerrojamiento por bloque de cierre giratorio sistema "Rolling Block". Era un fusil de un tiro, del calibre de notación americana. 45-70 "Government" (Diámetro del proyectil 45 centésimas de pulgada, y aceptado U.S.A. en 1870). De manera que el calibre de su bala traducido a milímetros era de 11,45 (una buena "píldora" pero sin exagerar, de aproximadamente 15 gramos).

El cartucho se introducía manualmente con la recámara abierta. Una vez introducido se accionaba la "oreja" del bloque de cierre, que al girar hacia delante ocluía la recámara. No por ello quedaba acerrojada el arma, sino que al efectuar el disparo y ya antes de que el martillo accionase el percutor alojado en el bloque de cierre, se introducía por debajo de dicho bloque de cierre la cara cilíndrica del bloque del martillo. De esta manera actuando uno contra el otro los ejes de ambas piezas cilíndricas con eje horizontal (cada una con forma de sector cilíndrico) soportaban en conjunto el esfuerzo de la deflagración del fusil.




			
Fusil Rolling Block con el cerrojo cerrado.	Amartillado para el fuego, o para abrir la recámara.	Comienzo de la extracción del cartucho disparado.	Arma abierta y al lado, un nuevo cartucho.

El fusil descrito era susceptible de ser armado con una bayoneta para la última defensa, cuerpo a cuerpo.

Y por último hablaremos de las armas cortas (de personal técnico o de la oficialidad). Estaban destinadas sólo a la defensa personal con objeto de imponer la autoridad o como último recurso del portador. Comoquiera que mayoritariamente los portadores de estas armas eran profesionales, debían adquirir sus uniformes y el arma personal sufragándolos con sus propios medios. Para ello sus emolumentos incluían un plus que les permitía ir acumulando una "masita" de dinero. La adquisición del revólver era un presupuesto, y puesto que lo pagaba de su bolsillo, la elección de marca y modelo quedaba al criterio del propio militar.

Sin embargo, la experiencia demostraba la practicidad de la estandarización, por lo que pronto apareció la declaración del modelo de uniformidad "Recomendado de Su Majestad", declaración que recayó en copias (generalmente eibarresas) del revólver Smith & Wesson modelos "Schofield" o "Russian" (en las fotos un "Orbea Hermanos") que compartía diámetro de proyectil con el fusil y a una mala, podía ser cargado aprovechando los elementos del propio fusil Remington disponibles en el fuerte: cápsula iniciadora, carga de pólvora negra (por supuesto, un menor volumen) e incluso el proyectil del Remington.

Por último, fuera de lo descrito ya sólo me quedan las armas blancas (sables, machetes y bayonetas) que para no extenderme y con el permiso del lector, voy a dejar para otra ocasión. Muchas gracias por vuestra benevolencia y vuestra curiosidad.

		
"Recomendado" y elementos del cartucho.	Abierto parcialmente, en posición de extraer una vaina.	Abierto para la nueva carga y al lado, copia reducida "para bailes y saraos".